

migo en aquel foso y cogí darme debajo; hizo lo que le rogué; mas reconociendo que el rocín era una antigua armadura de huesos, no pudiendo detener la risa, me dijo: Señor Estebanillo, venturosa ha sido la caída, pues el caballo se ha hecho pedazos, y vuesa merced ha quedado libre. Respondíle: Señor mío, cosas son que acontecen, y aun se suelen premiar. Calle y callemos, que sendas nos tenemos, y veamos lo que queda de la noche á este difunto, porque Dios le depare quien haga otro tanto por su cuerpo cuando de este mundo vaya. Concedió con mi ruego, y tomó mi consejo; y al tiempo que la aurora, atropellando luceros, daba muestras de su llegada, despidiéndome de mis dos camaradas de cama, me fui á una montañuela, apartada del campo enemigo, por parecer curioso y no tener que preguntar y por confiarme en mi ligereza de piés y tener las espaldas seguras.

Empezáronse los dos campos á saludar y dar los buenos dias con muy calientes escaramuzas y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate y naranjada, y al tiempo de cerrar unos regimientos del sueco con uno de alemanes, empecé á dar voces, diciendo: ¡Viva la casa de Austria! ¡Imperio, imperio! ¡Avanza, avanza! Pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones, y que en lugar de avanzar iban volviendo las espaldas, volví yo las mías, y con menos ánimo que aliento, y con mas ligereza que valor llegué á nuestro ejército. Encontré en su vanguardia con mi capitán, el cual me dijo que por qué no me iba á la infantería española á tomar una pica para morir defendiendo la fe ó para darle al rey una victoria. Yo respondí: Si su majestad aguarda que yo se la dé, negociada tiene su partida; demás que yo soy corazo ó coraza y no infante, y por estar desmontado no cumplo con mi obligacion. Díjome que fuese adonde estaba el bagaje y tomara un caballo de los suyos, y que volviese presto, porque quería ver si sabia tan bien pelear como engañar villanos con rellenos imperiales. Fuíme al rancho, metíme debajo del carro de mi amo, cubríme todo el cuerpo de forraje, sin dejar afuera otra cosa mas que la cabeza, á causa de tomar aliento, porque al tiempo de la derrota, que ya la tenia por cierta, me sirviera de cubierta, por ser desierto todo aquel distrito de la campaña. Llegó á mí un capitán, que estaba de guardia al bagaje, y me dijo que por qué me hacia mandría y me cubria de yerba, y no acudia á mi tropa. Respondíle que por haber hecho mas de lo que me tocaba, me habia el enemigo muerto mi caballo y metiéndome dos balas en el muslo, y que porque no se me resfriase la herida, me habia metido en aquel monton de forraje. Con esta satisfaccion se fué adonde estaba su compañía, prometiéndome de enviarme un gran cirujano amigo suyo para que me curase, y yo me quedé cubierto el cuerpo de esperanza, y de temer el corazón.

Al cabo de un rato, temiendo que viniese el cirujano á curarme estando sin lesion, ó que mi capitán enviase á buscarme viendo mi tardanza, y me hiciese ser inquieto siendo la misma quietud, me volví á mi monta-

ñuela á ser atalaya ganada y gozar del juego de cañas.

Y estando en ella haciendo la consideracion de Jerjes, aunque con menos lágrimas y mas miedo, vi que un trozo del contrario ejército cerró tres veces consecutivamente con el tercio de don Martin de Idiaguez, y que todas tres veces los invencibles españoles lo rechazaron, lo rompieron y pusieron en huida. Animóme esta accion de tal manera, que arrancando de la espada y sacando la mohosa á que la diese el aire, con estar á media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquierda para que me sirviese de broquel, y dando un millon de voces á pié quedo, empecé á decir: ¡Santiago, Santiago! ¡Cierra España! ¡A ellos, á ellos, cierra, cierra! Y presumo que acobardado el enemigo de oírme ó atemorizado de verme, comenzó á desmayar y á poner piés en polvorosa. Empezó todo nuestro campo á apellidar: ¡Victoria, victoria! Yo, que no me habia hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban á mi madre, que se llamaba Victoria Lopez, pensando que estaba conmigo y que la habia traído en aquella jornada, respondí al tenor de las mismas voces que ellos daban, que dejasen descansar los difuntos, y que si alguno la habia menester, que la fuese á buscar al otro mundo. Y contemplando desde talanquera cómo sin ninguna orden ni concierto huían los escuadrones suecos, y con el valor y bizarría que les iban dando alcance los batallones nuestros, rompiendo cabezas, brazos, desmembrando cuerpos, y no usando de piedad con ninguno, me esforcé á bajar á lo llano por cobrar opinion de valiente y por raspar á rio revuelto; y despues de encomendarme á Dios y hacerme mil centenares de cruces, temblándome los brazos y azogándoseme las piernas, habiendo bajado á una apacible llanada, á quien el bosque servia de verjel, hallé una almadrada de atunes suecos, un matadero de novillos arrianos y una carnicería de tajadas calvinas; y diciendo que buen dia tendrian los diablos, empecé con mi hojarasca á punzar morcones, á taladrar panzas y á rebanar tragaderos, que no soy yo el primero que se aparece despues de la tormenta ni que ha dado á moro muerto gran lanzada. Fué tan grande el estrago que hice, que me paré á imaginar que no hay hombre mas cruel que un gallina cuando se ve con ventaja, ni mas valiente que un hombre de bien cuando riñe con razon.

Sucedíome, para que se conozca mi valor, que llegando á uno de los enemigos á darle media docena de morcilleras, juzgando su cuerpo por cadáver como los demás, á la primera que le tiré despidió un ¡ay! tan espantoso, que solo de oírlo y parecerme que hacia movimiento para quererse levantar para tomar cumplida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte adonde se la habia envasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas, y á carrera abierta no paré hasta que llegué á la parte adonde estaba nuestro bagaje, habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás por temer que me viniese siguiendo. Compré de los que siguieron la victoria un estoque de Solingues y algunos considerables despojos para volverlos

á revender, blasonando por todo el ejército haberlos yo ganado en la batalla y haber sido raya de la campaña. Encontré á mi amo, que lo traian muy bien desaluciado y muy mal herido, el cual me dijo: Bergante, ¿cómo no habeis acudido á lo que yo os maudé? Respondíle: Señor, por no verme como vuesa merced se ve; porque aunque es verdad que soy soldado y cocinero, el oficio de soldado ejercicio en la cocina, y de cocinero en la ocasion. El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio mas que ser soldado y servir á su rey; porque si se emplea en otros, sirviendo á oficiales mayores ó á sus capitanes, ni puede acudir á dos partes ni contentar á dos dueños. Llévaronlo á la villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dió el alma á su Criador. Dejéme, mas por ser él quien era que por los buenos servicios que yo le habia hecho, un caballo y cincuenta ducados; que cincuenta mil años tenga de gloria por el bien que me hizo, y cien mil el que me diere otro tanto por el bien que me hará.

CAPITULO VII.

Que trata del viaje que hizo á los estados de Flándes; una pendencia ridicula que tuvo con un soldado; la junta que hizo con un vivandero, y otros muchos acaecimientos.

Despues de haber celebrado una de las mayores victorias que se han visto en los siglos presentes y en la mejor ocasion que han visto los humanos, se despidió su alteza serenísima de su primo hermano el rey de Hungría, y volvió á continuar su jornada sin haber quedado contrario que se le opusiese. Halléme en esta marcha huérfano de mi amo, viudo de cocina, y temeroso de gastar mi hacienda, todo lo cual me obligó á sustentarme de mi trabajo y á poner nuevo trato. Dí en hacer empanadas alemanas, por estar en Alemania, que á estar en Inglaterra, fueran inglesas; buscaba la harina en los villajes donde sus moradores se habian huido, y la carne en la campaña, adonde sus dueños de ella se habian desmontado; hacia cada noche media docena, las dos de vaca, y cuatro de carne de caballo; echábalas á la mañana á las ancas de la yegua, sin ser ninguna de ellas la bella Tartagona, y en llegando la hora del rendibuy general, apeábame del dromedario, tendia el rancho sobre mi ferruero, sacaba dos ternas de dados, y hacia rifar mis empanadas á escudo, quedando muchos quejosos de que no hiciese mayor provision de ellas, como si la campaña fuese tumba comun de caballos muertos. Decíanme algunos de los rifadores que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas; yo le respondia que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla, por ocasion de marchar cada dia, pero que como tuviesen despacho y pimienta, no importaba nada la dureza. Pasamos el Rin, y marchamos la vuelta Cruzenaque, y desde allí llegamos á Juliers, adonde su alteza serenísima, acompañado de la caballería de Flándes, que le habia salido á recibir y convoyar, se apartó del ejército, y se fué á dar alegrías á la grandiosa corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volver atrás

muchas de sus tropas, para si necesitase de ellas en Alemania, juntamente con la gente de liga del elector de Colonia y Maguncia y la de su majestad cesárea, yendo Mansfelte por cabo de todas. Fuéme fuerza volver la proa por no ser mi oficio para encerrarme á ser cortesano. Añadí al trato de las empanadas aguardiente y tabaco, queso y naipes; y para tener en seguridad mi persona, y en guardia mis mercancías, me arrimé á la caballería española, yendo por cabo de ella y por su comisario general don Pedro de Villamor. Pretendia el capitán de campaña que yo le pagase contribucion de mi trato, conforme lo hacian los demás que proveian la caballería, y yo me eximí de ello de tal suerte, que siempre quedé libre como el cuquillo, porque alegué ser un compuesto de dos, ni vivandero llevando víveres, ni gorgorero llevando menudencias, porque ni tenia carreta como el uno, ni cesta como el otro, pues en rincones de ajenos carros llevaba todo mi caudal. Tuve, por ser entretenido, entrada en casa del comisario general, y entraba una vez cada dia á visitarle en su mesa, porque sabia que gustaba de ver á monsieur de la Alegria, y tres á sus carros y cantinas, por conservar la alegría del nombre; entremetíame con todos los señores, y como es de los tales perder, y de mercaderes ganar, jugaba á los naipes y dados con todos; y haciéndoseme perdidosos, por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia por mercader de empanadas caballunas.

Estando en Andenarque, encontré un dia en una taberna al soldado que me ayudó á velar el difunto caballo junto á Norlinguen; y dándome vaya de que me habia hallado debajo de él, yo le dije que estaba satisfecho de su persona, que á no haber hallado ocupado aquel sitio, que hubiera él hecho lo mismo; empezóse á correr y á decir que era mas valiente que yo, y pienso que no mentia, aunque fuera mas gallina que Caco. Yo, desestimando su persona y encareciendo mi coraje, le desafié á campaña, y descalzándome un zapato, le dí un escaquin, guante de mi pié izquierdo, por no tenerlo de las manos, en lugar de gaje y desafío; y por cumplir con las leyes de retador, estaba él hecho un zaque, y yo una uva, y así no acertábamos á salir de la taberna. Los soldados que estaban presentes, por ver cuál era mas valiente ó porque tal pendencia se ahogase en vino, nos adestraron las puertas y nos fueron acompañando hasta fuera de la villa, y despues de habernos medido las armas, nos dejaron solos y se apartaron de nosotros para vernos combatir. Sacamos á un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspis y amagos de dar de ojos; empezóme él á tirar cuchilladas á pié quedo, habiendo de distancia del uno al otro una muy larga pica. Yo me reparaba y trataba de ofenderlo á pié sosegado. Decíame de cuando en cuando: Reciba esta, señor gorgotero fiambre. Y yo, metido en cólera, aunque lo veia tan lejos, de que no me pesaba, le respondia: «Déjela voacé venir, seo mal trapillo á fernado, y reciba esta á buena cuenta; y esto tirando tajos tan á menudo, que tenia hecho una criba al prado donde es-

tábamos. En conclusión, acuchillando nuestras sombras y dando heridas al aire, estuvimos un rato provocando á la risa á los circunstantes, hasta tanto que la descompostura de los golpes y el peso de las cabezas nos hicieron venir á tierra y nos obligaron á no podernos levantar. Acudieron los padrinos y los demás amigos, y diciendo: Basta, no haya mas, que muy valerosos han andado, y ya los damos por buenos, nos asieron dos de ellos por las manos, y no hicieron poco en ponerme en pié. Llegó un camarada mio á querer levantar á mi contrario, y al tiempo que se bajó para ayudarlo, imaginando que era yo y que lo iba á hacer confesarse por mi rendido, alzó la espada, y diciendo: Antes muerto que rendido, le cortó toda la mitad de un labio. Acudió al ruido el gobernador de la villa, y viendo á mi camarada desangrarse, y á los dos con las espadas desnudas, habiéndose informado de que éramos los autores de la pendencia, mandó llevarnos presos y hacer curar al herido. Lleváronme á mí entre cuatro esbirros á la prision, mas en volandas que sobre mis piés, por no estar para sufrir la carga; y á mi competidor, porque solo bastara un carro para poderlo menear, lo dejaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente estuvo de sol á sol. Yo iba tan herido de las estocadas de vino, que ni conocí los que me llevaron preso, ni supe si la cárcel era cárcel, meson ó taberna. Estuve en ella cuarenta horas, y en todas ellas no supe qué cosa era despertar. Informaron al comisario general de todo el suceso, y compadecido de mí y por hacerme la merced que siempre me hacía, envió un recado al gobernador pidiéndole que me soltase, supuesto que la pendencia que habíamos los dos tenido se apaciguaba con dos jarros de agua fría. El gobernador, por complacerle, mandó que al punto me sacasen de la prision. Llegó con la orden un criado suyo, y habiendo hecho no poca diligencia en despertarme, volví en mí. Y pareciéndome estar en otro nuevo mundo, extrañaba el lugar adonde me hallaba; contóme quién había sido la causa de mi libertad; y yo, haciendo cruces y pareciéndome salir de un castillo encantado, fui á toda priesa á darle las gracias del buen tercio al comisario general; el cual, despues de haberme hecho relatar todo el origen de la pendencia y sucesos de ella, se rió infinito, y mandó satisficiesen mi traspaso. Y despues de haber sacado el vientre de mal año, fui á visitar á mi rancho, el cual estaba como casa sin dueño. Hallé el caballo boca abajo y pensativo, y mas flaco que caballete de espadador. Miré los frascos del aguardiente, y hallélos de vacío como mulas de retorno, y las demás mercancías, algunas cercenadas, y otras que se habian huido en piés ojenos. No me dió cuidado esta no pequeña pérdida, porque eché de ver que con una docena de empanadas de rocines se satisfacía toda.

Llegamos á Chavamburque, villa del elector de Maguncia, la cual hallamos desierta de todos bastimentos, casas yermas, y las caballerizas sin ningun sustento para los caballos. Aquí despaché muy bien una nueva provision que habia hecho de aguardiente, pero no me

atrevia á pregonarla por las mañanas, por saber cuán bajo es el oficio de pregonero, y así la vendia cantando, por no ignorar cuán honroso es el de cantar. Llamábanme todos por ser tan conocido, y porque gustaban de oír mis chanzas; brindaban á mi salud, y yo haciendo la razon, volviales á brindar á la de *aliquantum* y á la de sus dineros. Emborrachéme brevemente, y el daño que yo mismo solicitaba lo pagaban los frascos, por lo cual cada dia habia menester comprarlos nuevos. Tuve vergüenza los primeros dias de ir á comer continuamente á la posada del comisario general y á la de don Cristóbal Salgado; pero viendo tantos peinados gorreros acudir con tanta puntualidad y cuidado pensando que eran tablas de obra pia, y que se comunicaban con todo particular viviente, acudí de allí adelante á gozar de la limosna ó á comer de bonete, porque si las gorras que se metian fueran lanzas en Oran, ya ha muchos dias que estuviera el Africa por nuestra. Gastaba las horas del dia en esta forma: despues del alba hasta las nueve ejercitaba el oficio de destilador de aguas, que este título le habia dado, porque no me llamasen aguardentero, á quien tenia entrada y amistad con todos los oficiales mayores del ejército; de las nueve á las once hacia mis empanadas y las vendia, y de las once á la una era visitador general de las cocinas ajenas, sobrestante de las ollas, reconocedor de las cazuelas, superintendente de los asadores, y pesquisidor de los vinos; de la una á las tres era veedor de las mesas referidas, gracejo de sus dueños, y ejecutor de sus despojos; y de las tres hasta ponerse el sol, mercante de quesos y estanquero de naipes. Tuve un dia una pendencia con un marmiton sobre quién sabia fregar mejor una olla. Entramos en la cocina á hacer la prueba, y por haber él dado mejor razon de su oficio, siendo él aprendiz y yo maestro, y hacer burla de mí, le di con los cascos de la olla en los de su cabeza, quedando tan rotos los unos como los otros. Fuíme á amparar de don Carlos de Padilla y de otro capitán de corazas. Y estando un dia con ellos pensando tener asegurada mi persona, llegó el comisario general, y por habérsele quejado el que tocó casco, sin ser jugador de espada negra, me dió media docena de palos tan bien dados, que me obligaron á tenerlos hasta hoy en la memoria. Viendo que no me valia la inmunidad de mi sagrado, les dije á los que tenia por mis valederos, que conforme el libro del duelo, aquel agravio no corria por mi cuenta. Ellos, riéndose al compás que yo lloraba, me llevaron á la casa del dicho comisario general, y haciéndome brindis á su salud, hicieron las amistades.

Marchamos otro dia de mañana á la vuelta del Rin, en virtud de una orden que habia enviado su alteza serenísima para que volviésemos muy aprisa á socorrer á Brabante. Iba yo muy triste, porque me habian informado, entre otras cosas, no ser bueno aquel país para mis mercancías, por la sutileza de ingenio y gran trato de su burguesía, pero alegre por la generosidad de sus príncipes y señores y por ser tierra rica y abundante, adonde si tenia mala venta mi aguardiente y

tabaco, tendria buen despacho el arte de la bufonería. Pasamos á Juliers, á Estevans, Uberta y Diste, y llegamos á Tirlomon, adonde estaba su alteza serenísima, opuesto á los ejércitos de Francia y Holanda. Juntéme en la dicha villa con una añadidura de vivandero y una tilde de mercadante. Puso él de su parte la carreta, tienda, postes y embudos, y yo un caballo y todo aderezado de cocina. Agregué un poco de dinero que tenia de pequeño caudal, con el que él se hallaba, y habiendo hecho una razonable provision y una escritura de estar á pérdida y ganancia, él se ocupaba en vender el vino y cerveza, y yo en hacer pulpetas de oveja y ollas de carne mortecina, por costarnos á precio moderado. Sentia por extremo el verlo entrar cada momento en la cocina á dejarme desprovisto de guisados, porque sin duda en las muestras que daba presumo que se habia hallado en la rota del príncipe Tomás, y que los enemigos lo habian tenido alguna semana atado á un árbol de piés y manos, sin darle sustento humano. Desbautizábase él en ver que yo visitaba por instantes la pipa del vino, que á la de la cerveza siempre guardé respeto, porque me pareció orines de rocin con terciara. Iba cada dia á menos nuestro caudal, porque él comia por ocho, y yo hebía por ochenta, sobre lo cual venimos á reñir, y cada uno por su parte nos fuimos á quejar al autor general, el cual, informado de la justicia de cada uno, teniendo á novedad tan gracioso pleito, nos divorció sin ser obispo, mandándonos separar de nuestra alianza. Partimos los bienes muebles que cada uno habia traído, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida y con algunas deudas. No me pareció proseguir mas con el dicho oficio, y así me determiné de ir á ver la corte de Brusélas, por ver si conformaba su vista con su grandiosa fama.

Llegué á Lovaina, insigne universidad de Brabante, y refrescándome la memoria de mis estudios pasados, por proseguir en ellos, me entré en un escolástico tabernáculo, adonde tomando un calepion de tragos, en poco espacio, pensando hablar romance, hablaba un latín tan corrompido, que ni yo lo entendía, ni nadie lo llegaba á entender. Salíme fuera de la muralla á desollar en campaña el animal que habia cogido en poblado de toza, de las primeras letras de la villa, detúveme en quitarle el pellejo no mas de treinta horas, por causa de despertarme las cajas y trompetas de guerra, que daban muestras de la llegada de su alteza á aquella villa; porque á no servirme de despertador juntamente con la artillería, con que se le hizo salva, yo entiendo que durmiera hasta el dia de hoy. Levantéme con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza, y boca de probar vinagre; llegué aquel mismo dia á Brusélas, adonde hallé ser excusada toda alabanza para tan grandiosa poblacion. Contempléla por plaza de armas de la Europa, por escuela de la milicia, por freno de rebeldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad, y por pasmo de hermosura. Vi sus altos muros, puertas y torreones, que siendo competidores de las pirámides egipcias, son colum-

nas sobre quien el Atlante español fia el peso de su ceste máquina y monarquía. Veneré sus campos por Eliseos, sus salidas por jardines de Vénus, y sus bosques por recreacion de Diana. Hallé toda su nobleza en campaña, por lo cual y por hallarme sin dineros, y ser tierra que quien no labora no manduca, me volví á seguir el ejército. Y despues de haber entrado los ejércitos enemigos con piés de plomo, y retirádose con piés de pajas, me fui á ver á la celebrada antepresa del fuerte de Escuenque, adonde hallé á don Carlos de Padilla, capitán de corazas españolas, que por haber conocido mi alegre modo y haberme defendido de los palos referidos, se me mostraba aficionado; y como me habia visto solícito con el comercio de la bucólica, me hizo vivandero de su compañía, dándome carro, caballos y dineros, debajo de palabra de préstamo, y con cláusula de darle los víveres necesarios á su casa al mismo precio que yo los comprase en las villas: costumbre tan antigua en la milicia, en que se ha establecido por ley inviolable.

Fuí á la villa de Calcar, adonde cargé de todo lo competente á mi tráfico; y en particular busqué una criada de las que se usan en campaña, mercadante en la tienda, criada en la mesa, fregona en la cocina, y dama por el lecho, de tierna edad, para que no ocupase el carro ni cansase los caballos con el volumen de su persona, y de buena cara para atraer los huéspedes. Volví á mi cuartel, planté el bodegon, y empecé á hacer lo que siempre habia hecho, y lo mismo que hiciera ahora si volviera á tal oficio. Daba al capitán la mercancía peor y la que menos me costaba y la que se maltratava por razon de los golpes del carro, contándosela á mucho mas de aquello que me costaba. Acudían á mi tienda infinidad de Adonis á la ñagaza de la criada, y cayendo en la red sin ser mártes, despachaba ella su mercancía, y yo la mia; pero entre tanta abeja que acudia á los panales, pegados los panales en la trasera, solian venir unos zánganos y moscones, que me llevaban mas de una traspuesta que yo ganaba en veinte asomadas. Pero viéndome corrido y enfadado de que al maestro le diesen cuchillada, me aparté por unos dias de mi compañía, por gozar del refran de quien se muda, Dios le ayuda, aunque me ayudó conforme á mi buena intencion; y para llevar mas tren y ostentacion, le pedí á un capitán, conocido mio, una carreta prestada, diciéndole no ser mas que para un convoy, ofreciéndome al buen tratamiento del caballo; con la cual y el carro que llevaba me hice vivandero de verdad, habiéndolo sido hasta allí de mentira. Arriméme al mayor grueso de la caballería española, adonde cada dia iba creciendo el caudal y aumentándose el crédito y la opinion; mas la codicia, que siempre rompe el saco, y el vicio de hallarme con tanto descanso, me incitaban á jugar cada instante con la gente mas lucida de las tropas, entendiendo ganar por todas partes. Mas un dia, que fué noche para mí, aunque despues lo fué de pascua, habiendo perdido con don Pedro de Villamor lo que quizá en la villa, ha-

ciendo el amor, había ganado la criada, le supliqué que me jugara la carreta y caballo, que aunque no era mio, corría plaza de serlo. Hizo lo que pedí, y echando quinolas mas que un quebrado, y flujes, que para mí eran de sangre, me ganó el corto caudal que yo había adquirido y la carreta y caballo que estaban en confianza. Volvíme á mi tendejon cabizbajo y pensativo, adonde pensando hallar consuelo, se me doblaron los pesares, añadiendo pena á pena y pérdida á pérdida; porque la criada, habiendo tenido noticia de que había jugado lo mio y lo ajeno, había hecho pella como el escarabajo de lo mejor que yo tenía y acogídose sin cañamar, dejándome la tienda sola. Por cuya causa, aprovechándose algunos caballos ligeros de la ocasion, por salir pesados, la entraron á saco, como si fuera pabellon de enemigos.

Halléme fuera de cuidado de no tener que guardar, y con solo el carro y caballos de mi capitan, que por razon de conocer ser suyos, no pasaron por la misma risa. Busqué un pan fiado para que se desayunasen, siendo ya las nueve de la noche, y hartándolos de agua, los volví á la estala tan tristes, que me persuadí que habían sabido mi pérdida, y no la hubieron de ignorar, pues ayunaron de sentimiento de ella á pan y agua. Venida la mañana, me envié á llamar don Pedro de Villamor, y dando muestras de su valor y liberalidad, me volvió todo lo que me había ganado, dándome de mas á mas lo que me alegró el alma, me confortó el corazon, y me desterró la tristeza. Salí de su casa hecho un carretero de la Mancha, y dándole tras cada alabanza un millon de bendiciones, volvíme á mi compañía, di la carreta á su dueño, y mi capitan, que ya sabía todo lo que me había pasado, viendo sus caballos que hilaban tan delgado que podían saltar por arco como perros de rezadores, preguntándome si les había dado la racion en dineros, me los quitó tan colérico, que pensando que me quería pagar el porte de habérselos traído, me fui de su compañía, antes que él me echara de ella. Halléme dos dias antes con carro, carreta y criada y mucha mercancía, y en el que de presente me hallaba y compré un saco de pan y un rocín viejo y cargado de muermo, el un ojo ciego, y el otro bizzo á puras nubes, y que se acordaba del asalto de Matrique por el príncipe de Parma. Carguélo con el costal, y hacíame dos mil reverencias, ó por ver que había en el mundo quien se acordase de él, ó por suplicarme que le quitase lo que no podia llevar. Fuíme con el regimiento de caballos del marqués de Vizconde, llevándolo del cabestro para servirle de guia, y refrescándolo á cada tiron de arcabuz, y dejándolo descansar todas las veces que él quería. Vendí mi pan, compré dos frascos de aguardiente, hice mi barraca; y para comprar ollas, sartenes, calderos, potes y tazas y tener que dar de comer y beber, embaqué á todo el regimiento, sin quedar soldado á quien no pidiese prestado; y como muchos pocos hacen un mucho, junté una buena cantidad, con la cual me volví á armar de nuevo. Pero toda la ganancia y los préstamos no fueron bastantes á

poder tener aquel oficio en pié, porque era tanto lo que yo bebía, que cuando pensaba ir muy adelante, me hallaba muy atrás. Apretábanme los acreedores, á quien pagaba con buenas palabras, pero jamás con buenas obras; pero advirtiéndome ellos que á costa suya por la mañana hasta medio dia estaba atolondrado de aguardiente, y de medio dia hasta la noche de pura mente *capiamus*, dieron al auditor muchas quejas, por *debitoribus nostris*; y una mañana, al son de una trompeta, hicieron almoneda de todos mis asadores, parrillas, cucharas, morteros, rallos, trébedes y tenazas y de todos los demás trastos, pareciendo mas almoneda de baratillo ó mercado viejo que bienes de vivandero. Cada acreedor cargó con lo que pudo, y ninguno se atrevió á cargar con el caballito de Vamba. Yo, viendo que, sin valerme las leyes de la espera, me habían dado sentencia de remate, me despedí harto tiernamente de mi querido rocín, y él á disculparse conmigo de no hallarse con fuerzas para poder acompañarme.

Amparéme de los capitanes, y ayudándome entre todos para ayuda de los gastos del camino, me fui al regimiento del conde de Fuenclara, el cual había ido á Alemania, con orden de su alteza serenísima, á pedir socorro á la cesárea majestad del Emperador para poder echar de estos estados los ejércitos agregados de Francia y Holanda. Fui á hablar á don Pedro de Carvajal, su teniente coronel, el cual anduvo tan bizarro, conociendo mi sugeto, que me prestó con que poder levantar la cabeza y encastillarme en la vivandería. Compré una carreta y dos caballos, cerrados de edad, y abiertos de espinazo, con mas faltas que un juego de pelota; pero animales quietos y sosegados y que siempre buscaban su comodidad. Marchamos al contorno de Matrique á cobrar algunas contribuciones, yendo por cabo de toda nuestra gente el marqués de Leyden; y volviéndonos á retirar, los buenos de mis caballos dieron en decir nones, y aunque los mataba á palos, jamás tuvieron atrevimiento de tirar coces; y esto viniendo la carreta vacía y yo caminando á pié, que á venir cargado, hubiera mas de seis horas antes que necesitara de cargar con ellos y traerlos á cuestras. El uno, que era cabezudo como aragonés, dió en que no había de pasar adelante, y salióse con ello hasta ciento y un año, por cuya razon me fué fuerza quedarme muy atrasado de las tropas y venirme en buena conversacion con el otro, suplicándole que me hiciese merced por otra tal de no dejarme hasta el cuartel. Tropecé en el camino con seis soldados de una partida de holandeses que habían salido de Matrique; y al tiempo que llegaron á despojarme, vi mas adelante una emboscada de hasta otros veinte. Y pensando que eran de nuestra gente, les empecé á dar voces para que me viniesen á ayudar. En el inter procuré de escurrirme de los que me tenían cercado. Acudió toda la emboscada, con la cual yo cobré ánimo, y empecé á dar voces, diciendo: ¡Viva España, y muera Holanda! Ea, soldados, paguen esos luteranos la amistad que me querían hacer. Llegó toda la tropa, y como me oye-

ron que engañados los trataba tan mal de palabra, me dieron media docena de mochazos, y me dejaron tan de valentía en el donaire, y donaire en el mirar, que me daba el sol por la parte que le dió á don Bueso.

Lleváronme á mí y al señor mi caballo presos á Matrique, teniendo á dicha el ser prisionero, por vengarme del tal rocín, viéndolo en poder de enemigos. Diéronme por cárcel una taberna, que era lo que la mona quería. Pasó la fama que era un vivandero rico, por lo cual esperaban de mí una gran ranson, y por Dios que se engañaban, no en la mitad del justo precio, sino en todo y por todo. Al cabo de algunos dias, viendo que se alargaba la prision y crecía la costa, pedí licencia para hablar al duque de Bolton, que era gobernador en aquella villa, la cual se me concedió, y cercado de chuzos y albardas como paso del prendimiento, me llevaron á casa del dicho duque, al cual hallé que estaba comiendo cercado de camaradas y con grande ostentacion. Hice mil cortesías, dime un centenar de tapabocas poniéndome la planta de las manos en los labios, como versos de amantes secretos, echéme á sus piés, y que quise que no quisiera, le di un par de paces de Judas, dejándole los zapatos limpios de polvo y lodo. Hízome levantar, y preguntóme que cuánto daría por mi ranson. Referíle muy triste que su excelencia me mandara dar de beber para echar aquel susto abajo, y que despues tratáramos de cosas de gusto, y no de pesadumbre. Mandó que se me diera al instante, y un paje, por lisonjearme, no conociendo mi calidad y buen despacho, me trajo la bebida en una taza tan cristalina como penada. Yo le dije: Señor mio, eso es añadir penas á penas; salir yo de las penas de la prision, y darme á beber en taza penada, es querer dar conmigo en la sepultura; vuesa merced me traiga una taza de descanso, y serémos buenos amigos. Díjome que no había taza tan grande como á él le parecia que yo había menester; á lo cual respondí: Traígaseme un caldero de hacer colada, que cuando no venga lleno, suelo tiene. El Duque, disimulando la risa, le mandó me trajese una fuente que tenia de vidrio y un frasco grande de vino, y me lo fuesen echando hasta tanto que aplacase la sed. Hízolo así el paje, y yo hociendo en un arteson que tenia, adonde se despeñaban media docena de caños del artificio, á pocas tiradas dejé la fuente agotada y agotado el frasco. Díjome el Duque: Con esa píctima aliento tendrá ahora para tratar de su ranson. Respondíle: Excelentísimo señor, *de dignare in fora quanto volite*: yo no tengo plaza de soldado ni calle de vivandero, porque soy caballero aventurero, teniendo mas de Galaor que de Esplandian. Mi nombre es Estebanillo Gonzalez entre los españoles, monsieur de la Alegrezza entre la nacion francesa. Mi oficio es el de buscon, y mi arte el de la bufa, por cuyas preeminencias y prerogativas soy libre como novillo de concejo. Si caia soldado de los que se hallaron á hacerme prisionero quiere una gracia por lo que le puede tocar, y vuesa excelencia cuatro gestos por lo que le pertenece, júntense todos; que luego de con-

tante serán satisfechos y pagados; y donde no, su daño hacen, y mi provecho; porque habiendo descubierto quién soy, no me puede faltar de derecho esta casa, por ser la mas principal, y en pocos dias que entre en ella se encarecerá el vino, y en pocos meses se morirán todos de sed. Holgóse el Duque de oirme; riéronse sus camaradas, y mandóme dar un plato de la mesa. Me brindaron tan á menudo, que á no ser tan buen piloto, les pudiera decir: A espacio, penas, á espacio. Alzaron la tabla, y llamándome el Duque, me dijo que por postre de mesa me daba libertad, y por principio de conciencia dos doblas, para hacer venta en el camino. Agradecíle la merced, y recibiendo las dos doblas, me despedí de él y sus camaradas, suplicándole encarecidamente que por ninguna razon diera libertad á mi rocín, por los mochazos que recibí por su causa. Y saliéndome de la villa, tomé el camino de Namur, adonde llegué con harto temor, porirme recelando en todo el viaje dar en las leyes de partida, ya que en la pasada renuncié las de la entrega, prueba y paga.

Fui á visitar á Bernabé Vizconde, capitan de caballos, y contándole mi prision y la causa de mi libertad, y dándole en poco rato á conocer, le agradaron tanto mis burlerías, que despues de haberme reparado la esterilidad del camino y añadir otra dobla á las dos que yo traía, me metió en su coche, adonde encochinados los dos, me llevó á ver el conde Octavio Piccolomini, general de la armada imperial, que en aquella sazón estaba en aquella villa; el cual, habiéndose informado del capitan las partes y méritos que en mí concurrían, se holgó de tener un rato con quien poderse entretener, que no siempre estuvo César venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando reinos, ni Belisario sujetando provincias, que hay tiempos de pelear y tiempos de divertirse. Y por ser hora de cortar capas y de echar bendiciones, le pusieron la mesa perteneciente á tal señor, y necesaria á tan gran soldado. Mandóme dar silla de la suerte que andaba el mundo, y honróme con que fuera su convidado. Púsome un criado la silla al revés, cosa que hasta entonces ignoré; y al tiempo que la quise volver me dijo que no tratase de ello, porque él me daba aquello que me pertenecía. Y como no iba yo á tratar de vanidades de asientos, sino de henchir la talega, corrí mas de treinta postas, camino de brándis, con estar mal ensillado. Dió fin lo que empezó en comida y acabó en banquete, y usando los camaradas diez de comida hecha, compañía deshecha, quedamos solos yo y su excelencia y el capitan que me había conducido á que sacase la tripa de mal año. Desafiáronme á jugar á la primera, y sacando en lugar de tantos cada uno un puñado de doblas, las hicieron de resto; y yo, valiéndome de la libertad del nuevo oficio, lo hice de sopapos. Contáronme tantos, y empezamos á jugar un sopapo de vale, treinta de resto, y de precio cada dobla de treinta tantos. Hallé que en ley de cristiano no podia jugar aquel juego, por ser como escritura prohibida el ir yo á la ganancia, y ellos á la pérdida; pues si me decia bien, ganaba doblas, y si perdía, perdía sopapos, que en